

“LA RESTAURACIÓN” por Habana Ortiz

—Cariño, me voy al despacho. Nos vemos esta noche. Por cierto, ¿Cuándo te vas a poner a trabajar en el nuevo cuadro? Lleva casi un mes ahí.

—Tienes razón, no me han dado un plazo de entrega, pero debería empezar ya. El caso es que no sé por qué, pero hay algo en ese cuadro que me da malas vibraciones y me hace remolonear cada vez que pienso en él. Es una sensación muy rara. Me da mal rollo, no sé cómo explicarlo. Pero te prometo que de esta semana no pasa que me ponga con él.

Amanda había recibido aquel encargo directamente de la directora del museo. Meses atrás se había encontrado la pieza en una ermita soriana perteneciente al municipio de San Esteban de Gormaz, el pueblo donde vivía la directora.

La Junta de Castilla y León estaba inventariando y trasladando el patrimonio artístico de una España vaciada, en ocasiones con un puñado de nonagenarios como únicos y últimos moradores. Algunos retablos, esculturas y pinturas, tantos siglos venerados en sus iglesias y ermitas, iban a perecer en pocos años, víctimas del expolio, el abandono y el olvido.

Al desmontar parte de la techumbre apareció una gran tabla de madera vuelta del revés, cuyo anverso mostraba un luminoso paisaje pintado al óleo sin fecha ni firma.

Amanda, aunque bastante recuperada, todavía estaba convaleciente de una fractura de hombro producida por el impacto de una maceta con geranios que le cayó encima al salir un día de su portal. Con el brazo en cabestrillo se había citado un mes atrás con Candela Vázquez, directora y amiga desde los años de universidad. Quedaron en el bar “El Soportal”, en la plaza mayor, de cuyos torreznos era fan la directora y que no parecían acumularse en su minúsculo cuerpo de musculatura cincelada a golpe de carrera por la ribera del Duero.

—Amanda, tía. Necesito que restaures esta tabla, pero en tu estudio, no en el museo. No quiero que se filtre la intervención tan salvaje que vamos a hacerle a la obra antes de tiempo.

—Pero, ¿de dónde ha salido esa tabla que me dices?

—Pues de aquí al lado, en la ermita de San Hipólito. Ya sabes que en esta zona das una patada y te salen tres iglesias y dos ermitas.

—Bueno, bueno. Pero por aquí lo tenéis todo restauradito y cuidadísimo, no como en otros pueblos que se caen los retablos a trozos. Anda que no hemos limpiado tú y yo dorados y pinturas murales en San Miguel y en Nuestra Señora del Rivero, que esto es el Hollywood del románico. ¿Y qué es?, ¿alguna Virgen?, ¿algún santo?

—Pues lo que se ha encontrado no es románico, ni siquiera tiene temática religiosa, es un paisaje y deduzco que no pertenecía a esa ermita.

—Verás, las primeras pruebas de estratigrafía datan la pintura en la primera mitad del siglo XVIII, pero bajo la capa de óleo aparece un sustrato al temple de grosor fino y bastante más antiguo. Las reflectografías infrarrojas y ultravioleta, así como las imágenes de rayos X, parecen indicar que este paisaje al óleo que vemos está repintado sobre una obra anterior.

Candela le iba mostrando fotografías del cuadro según su aspecto actual, lleno aún de suciedad y polvo acumulado en la pequeña ermita de San Hipólito.

—Ahora mismo no tengo las imágenes de laboratorio de la capa pictórica subyacente, pero al parecer, se trata de una pintura en la que se intuyen escenas inconexas y sin aparente relación, como un collage surrealista al estilo de las obras del Bosco.

Podría ser un discípulo, un seguidor o un simple imitador, pero de lo que no cabe duda es de que, por el análisis de los pigmentos utilizados, podríamos fechar la obra a principios del XVI, y eso ya le da doscientos años más de antigüedad que la pintura que ahora vemos encima.

Sí, ya sé lo que me vas a decir, que no está bien cargarse una pintura del siglo XVIII para ver lo que hay debajo, pero, ante la falta de autoría reconocida nos vamos a amparar en ese anonimato para hacer primar la antigüedad. Si lo de encima fuera un Velázquez habría que conservarlo como oro en paño y mostrar al mundo las reflectografías del sustrato inferior, pero sin tocarle un pelo. Ahora

bien, como no es un Velázquez...

También te digo que, aunque el cuadro barroco estuviera impecable, si la capa subyacente fuera un Bosco verdadero, siempre diremos que el repinte posterior estaba en un pésimo estado de conservación y merecía la pena eliminarlo para recuperar la pintura antigua.

De todos modos, por eso te pido que lo restaures en privado y que esto no salga a la luz por ahora. Confío plenamente en ti como amiga y en tu pericia como restauradora, al igual que confío en la gente del laboratorio que me ha hecho las pruebas y fotos bajo la más estricta confidencialidad y que ya te haré llegar.

Amanda comenzó su tarea al día siguiente de ser reprendida por su marido por no abordar el encargo.

Con sus largos rizos pelirrojos recogidos en un moño flojo y la bata blanca sobre un chándal viejo, se dispuso a subir todas las persianas de su estudio. Inundada la estancia de luz, comenzó a limpiar el polvo de la tabla, ayudada de brocha suave y aspiradora.

— ¿Te imaginas que debajo de este paisaje aparece un Bosco auténtico? —

Se preguntaba ella misma.

La verdad es que, en todos sus años de profesión como restauradora, jamás se había enfrentado al reto de tener que eliminar por completo una pintura del siglo XVIII para sacar a la luz otra inferior, mucho más antigua y supuestamente, de mejor factura y mayor valor. Si salía bien, sería el hallazgo artístico del año. Si algo fallaba y el cuadro oculto no estaba a la altura de la calidad que se esperaba, nunca trascendería la aparición de aquella tabla en la pequeña iglesia.

Tras aquella limpieza superficial tuvo que parar para tomarse una manzanilla. De un tiempo a esta parte sufría unos ardores de estómago que ningún Almax, antiácido o infusión lograban eliminar. Nunca antes había tenido problemas gástricos. De seguir así tendría que ir al médico.

En cualquier caso, ya había roto el hielo con aquella obra que tanto desasosiego le provocaba.

—¿Quieres que te prepare una cenita ligera y una copa de este “12 linajes” reserva?, es del pueblo de tu amiga y está de muerte.

—No tengo cuerpo hoy para tomar vino, Manuel. Y hambre tampoco tengo. Creo que me comeré una pera y me acostaré temprano.

—Pues descansa, princesa. No te olvides de que mañana hemos quedado en la notaría para lo del testamento de tu padre.

Amanda y Manuel llevaban apenas tres años casados. No entraba en sus planes tener hijos y él, abogado en un prestigioso bufete había ayudado a su mujer a reclamar la herencia de un padre que abandonó en su día a esposa e hija para viajar por el mundo y vivir la vida sin asumir responsabilidades.

Fallecida la madre de Amanda y sin más familia conocida, ésta pasaba a ser la única heredera de la fortuna que aquel libertino no había logrado dilapidar antes de morir.

Manuel, en cambio, era el menor de una familia numerosa de origen humilde, pero un coeficiente intelectual muy superior a la media le había permitido licenciarse en derecho con un año de adelanto y obteniendo las mejores calificaciones de su promoción. Siempre tuvo claro que esa portentosa inteligencia le llevaría a ser rico y sabía muy bien cómo conseguirlo.

Manuel y Amanda eran además de esposos y amantes, dos buenos amigos. Él era atento y acogedor y para ella suplía, en parte, aquella figura paterna deslavazada en sus recuerdos, que la lejanía en el tiempo le impedía percibir. La reina de las discotecas cuando era joven, ahora no cambiaría una noche loca de chicas por los abrazos de oso de su marido viendo una peli en casa.

Dos días más tarde Amanda se enfrentaba de nuevo al trabajo con la tabla. Decidió abordar la restauración por capas, limpiando en primer lugar las manos de barnices amarillentos y oxidados que alteraban los colores originales del paisaje al óleo. Sus dedos cogían pequeñas bolas de algodón que enrollaba en la punta del largo hisopo de madera, ese palillo que la gente corriente sólo utiliza para ensartar cosas con las que hacer brochetas en las barbacoas.

El gel de acetona y trietanolamina, había resultado, tras muchas pruebas de limpieza, la fórmula ideal para eliminar todo lo que el paso del tiempo había añadido a los planes de aquel anónimo pintor barroco.

Pocas sensaciones hay, más satisfactorias para un restaurador de pinturas, que el placer de pasar el hisopo de algodón impregnado en disolvente mientras gira suavemente por la superficie a limpiar y observar cómo se va tiñendo de color

parduzco, a medida que arrastra la capa de suciedad con barniz y la pátina del tiempo ajenas a las intenciones creativas del autor. Nunca deja de impresionar la aparición de esas carnaciones rosadas, esos azules intensos o esos tonos vibrantes y saturados que, en ocasiones no podían ni intuirse antes de la intervención.

Cuesta recordar, incluso a los profesionales, que las obras de arte eran los comics de antaño cuyo mensaje debía ser legible hasta por las mentes menos instruidas y cuya función didáctica, adoctrinadora o meramente ilustrativa precisaba de una profusión de color por parte del artista para captar la atención del observador que a día de hoy aún se nos hace difícil de desligar de los tonos amarillentos y agrisados que la oxidación y el deterioro ha implementado en cuadros, retablos y pinturas murales.

Amanda se empleó durante dos jornadas de trabajo en aquella limpieza, hasta obtener un radiante paisaje, tan bello e intenso que ciertamente, sintió lástima al recordar que tendría que sacrificarlo para llegar a la pintura inferior.

No era sólo pena, una creciente sensación de alerta parecía surgir en su interior para indicarle que quizá fuera mejor conservar aquella luminosidad que rascar más abajo.

Amanda, dopada de Ibuprofenos y antiácidos se dispuso a abordar la verdadera intervención encomendada por Candela Vázquez.

Descartados otros químicos menos potentes, el Dimetilsulfóxido al 25% en tolueno resultó lo único capaz de reblandecer aquel óleo dieciochesco hasta llegar al temple renacentista inferior.

En la esquina superior izquierda comenzó a aparecer tras la limpieza una especie de fruta parecida a una manzana, pero con una calavera pintada en su interior. « ¡Qué gracia! — pensó Amanda — Una manzana envenenada, como la de Blancanieves. » Conforme retiraba el óleo, iban emergiendo nuevas piezas de frutas varias con cráneos dibujados, ilustrando un peligro latente en cada una de ellas.

Aquel bodegón macabro convergía en una especie de botella de vidrio llena de un líquido ambarino con su correspondiente calavera tallada en la superficie. Una

náusea amagaba con trepar a su garganta. «Será el olor del tolueno» — pensó Amanda —, que decidió acabar en ese punto su jornada laboral y esperar a su marido sentada en el sofá mientras leía un libro.

—Cariño, ya estoy en casa. ¿Qué tal va ese cuadro? — dijo Manuel al entrar al salón, mientras le apartaba la melena cobriza para darle un beso en el cuello.

La cercanía de su aliento le trajo el aroma de ese caro perfume que ella le había regalado en su anterior cumpleaños y eso pareció reconfortarla un poco.

—No me apetece hablar de trabajo ahora, amor. Mejor cuéntame tú qué vamos a hacer para Carnaval. ¿Sigues en pie la fiesta de disfraces que iban a organizar tus amigos?

—Por supuesto. No se habla de otra cosa en el grupo. Y recuerda que Fernandito el de Casarejos nos invitó a ver el Paloteo. Por cierto, “el jueves Lardero” te saltarás tus dietas de frutitas y comerás como Dios manda, espero.

Esta semana estoy muy liado pero la que viene me pondré a buscar disfraces para nosotros.

Tú no te preocupes que yo me encargo de todo. Dedícate a restaurar ese cuadro, que ya me ocuparé yo de que seas la estrella de la fiesta de Carnaval.

Amanda se obligó a retomar al día siguiente la limpieza de la tabla. El impulso procrastinador se veía contrarrestado por las ganas de sacar de su apartamento aquel objeto y comprobar si su ansiedad desaparecía junto a él.

La forma de unos pétalos rosáceos con ligeras vetas oscuras surgía bajo la pintura reblandecida por el disolvente. Las reminiscencias del gótico se intuían en la falta del dominio de la perspectiva por parte del autor, que pintaba un fondo un tanto difuso y poco tridimensional, propio de los primitivos flamencos. Largas horas de trabajo sacaron a la luz una buena porción de cuadro al temple repleto de florecitas aterciopeladas de geranio. Las flores se expandían por la parte superior, se agrupaban en ramilletes en la zona central y bajo ellas los tallos y las hojas verdes de la planta salían de un tiesto fracturado sostenido por las figuras diminutas de unos siniestros diablillos.

Una fugaz imagen pasó por la mente de Amanda evocando un súbito dolor de hombro, una maceta rota y cientos de pétalos de geranio estampados contra el

suelo de su portal unas semanas antes.

Sintió la imperiosa necesidad de hablar con Candela Vázquez. Las fotos del laboratorio que habían propiciado la restauración, nunca habían llegado a sus manos. Estaba quitando el repinte a ciegas, cuando su amiga, tal vez, tenía más información de lo que se iba a encontrar debajo. Además, nunca había sido supersticiosa ni paranoica, pero comenzaba a observar un paralelismo entre frutas envenenadas, macetas de flores rotas y su vida reciente que no le hacía ninguna gracia.

Candela no atendía ni a su móvil personal ni al del museo.

«No me quedará otro remedio que hacerle una visita» . —Pensó.

Antes de bajar al garaje desechó en el último instante, presa de una inexplicable intuición, la costumbre de coger una manzana para asentar su revuelto estómago.

El pequeño Smart de Amanda recorría inquieto la distancia que separaba su estudio de la casa de Candela en San Esteban. Vivía desde hacía tiempo en una antigua casona rehabilitada en la calle mayor. Un semáforo en rojo interrumpía la continuidad del trayecto a la salida de Soria. Al acercarse a él oyó una tremenda explosión en la parte delantera del coche. En menos de un segundo y sin poder evitarlo se encontró haciendo trompos hasta que el Smart dejó de girar y hacer saltar chispas y quedó parado en la intersección de dos calles. El tráfico circundante logró frenar antes de arrollarla y los conductores salieron a ver qué había pasado.

Lo último que vio antes de que un montón de gente se arremolinara en torno a ella fue la rueda delantera del Smart tendida en el asfalto a 5 metros del coche. Varias personas le preguntaron si estaba herida. Una chica enfermera le ayudó a levantarse del asiento y salir. Alguien debió llamar al 112.

Un amable señor que había presenciado el accidente se le acercó.

—Señora, para que haya salido disparada la rueda tienen que estar todos los tornillos flojos. Cambie usted de taller que esos incompetentes a los que va ahora podrían haberla matado. Denúncielos, no se lo digo de broma. Si es que contratan de mecánicos y por una mierda de sueldo, a chavales que no están bien formados y luego pasa lo que pasa, que les caiga un buen paquete, por lo menos.

Ella, aturdida aún, oía la voz lejana, sin captar el contenido. Al fondo se oía a una mujer diciendo:

—Estás viva de milagro, guapa, debe ser el destino. Si no te toca no te toca.

Sin más daños que un largo arañazo en la mejilla derecha y un ataque de nervios, Amanda llamó a Manuel desde el hospital al que había sido trasladada en ambulancia.

—No te vas a creer lo que me ha pasado, cariño.

Le dieron el alta a las pocas horas.

—Amanda, yo debería salir de viaje hasta mañana, pero no te quiero dejar sola después de esto— dijo Manuel.

—No te preocupes. Vete tranquilo. No pienso salir de casa y si me agobio llamaré a alguna amiga para que se quede conmigo. Estaré bien.

Candela seguía desaparecida. Con los nervios aún metidos en el cuerpo, Amanda no encontró mejor forma de pasar el tiempo que seguir restaurando la tabla.

En esta ocasión, bajo el óleo surgió una especie de sendero. A medida que avanzaba en la limpieza se veía el camino flanqueado en ambas orillas por casitas, árboles, personas deambulando y niños jugando. En la zona inferior del cuadro salió a la luz una especie de pequeño carruaje atravesado en mitad del camino. Una especie de monstruo con una torcida sonrisa de satisfacción y el rostro congestionado por un esfuerzo reciente, sujetaba una rueda que le acababa de arrancar al carruaje.

En ese mismo instante a Amanda le vino a la cabeza que su coche era nuevo y nunca antes había pisado un taller.

«Dios mío, esto no me puede estar sucediendo a mí. » Pensaba Amanda.

Llamó repetidamente a Candela, siempre apagada o fuera de cobertura.

«Soy una mujer, inteligente, escéptica y racional. Pero estoy restaurando un cuadro que un tío pintó hace quinientos años en el que salen cosas que me pasaron ayer. Tendría que contárselo a Manuel» .

Su marido tampoco cogía el teléfono y Amanda iba entrando en pánico a la vez que pensaba en llamar a la policía. ¿Qué les iba a decir? Estaba haciendo un trabajo extraoficial, de una tabla flamenca clandestina cuya aparición no se

conocía.

Llenó de mensajes el WhatsApp de Candela y de Manuel a la espera de respuesta.

«Tranquilízate, tía. —Se repetía—. Seguro que es una casualidad y tú ya estás viendo fantasmas» .

Pasaba de la medianoche. Amanda se puso la bata de trabajo y con el hisopo en mano abrió la botella de Dimetilsulfóxido y de tolueno. Quedaba una cuarta parte del cuadro por limpiar, quizá en esta última escena estaba la clave. Miraba el móvil. Sin novedad. La limpieza sacaba a la luz un personaje extraño con cuernos. Miraba el móvil. Nada. El ser cornudo tenía una faz diabólica y vestía de rojo. Llamaba a Manuel. Apagado. Se preparó una manzanilla porque le dolía el estómago.

« ¿Y si estoy ante un cuadro premonitorio que me está avisando de algo? ¡Calla, loca! No digas sandeces» . Se respondía a sí misma.

El demonio rojo, porque está claro que era un demonio, sostenía a la altura del pecho y con ambas manos el mango de una enorme espada. Era de madrugada y cualquier ruido reverberaba en la quietud nocturna acrecentando la paranoia de Amanda. Seguía limpiando. Las piernas del diablo se teñían de un bermellón distinto al de su vestimenta por la sangre de su aún desconocida víctima. Estaba agotada pero no podía parar. El móvil de Manuel seguía apagado. El demonio hundía con saña la espada en el cuerpo yacente de un ser blanco y alado. Como las típicas pinturas góticas de San Miguel asesinando al diablo, pero con los personajes invertidos. Estaba perdiendo la noción del tiempo. La cabeza del ángel asesinado lucía una tez mortecina de facciones delicadas y largos rizos pelirrojos que enmarcaban una larga herida en la mejilla derecha. La cabeza le daba vueltas cuando un repentino timbrazo la hizo regresar a la realidad. « ¡Manuel, por fin! » Era un número largo, de esos que usan en la administración.

—Buenos días, señora. — «Días, ¿qué hora es? » — Le llamo del hospital.

Soy el doctor Civera, el médico que le atendió ayer tras su llegada en la ambulancia. Estaba usted en un estado de nervios tal, que no me extrañaría si no se acuerda bien de mí.

Seguramente, se encuentre usted ahora como si le hubiesen dado una paliza a causa del latigazo cervical y los pequeños golpes del impacto, pero salvo la herida en su cara y un entumecimiento que desaparecerá en unos días, las secuelas de su accidente son inexistentes. Sin embargo, el motivo de mi llamada es otro.

Verá, las analíticas que se le hicieron en urgencias muestran la presencia de restos de arsénico en sangre.

Señora, esto que le voy a decir es un poco delicado, pero creemos que está siendo usted envenenada.

Debería usted venir de nuevo al hospital para que podamos hacerle más pruebas y averiguar qué sucede. Si no puede trasladarse hasta aquí por sus medios le haremos llegar una ambulancia para recogerla.

La policía tendrá que abrir una investigación. Señora, ¿ha comprendido bien todo lo que le estoy diciendo? ...señora, ¿me escucha?

No oyó nada más al sobresaltarse por un ruido a sus espaldas. Las palabras del doctor le impidieron oír el sigiloso sonido de la llave en la cerradura. Un sudor frío del que no era consciente perlaba su frente pegando a la piel un par de mechones anaranjados que escapaban de su coleta.

Y de repente, un día antes de lo previsto, allí estaba Manuel, dejando caer dos grandes fundas de plástico encima del sofá.

El vello se erizó en la nuca de Amanda al oír su voz.

—Buenos días, cariño. Anoche me quedé sin batería y sin cargador. Acabo de ver un montón de llamadas tuyas. ¿Va todo bien? Mira lo que traigo para Carnaval.

Abrió la primera funda que mostraba un recargado disfraz rojo con cuernos. El otro era una larga túnica con grandes alas blancas.

—El de ángel es para ti, princesa...lo vamos a pasar de miedo...